

LA INCULTURACION, CAMINO A LA CATOLICIDAD

Luis Ugalde

La Iglesia por primera vez en su historia tiene después del Concilio Vaticano II condiciones y conciencia creciente para llegar a ser realmente universal. El primer Concilio de Jerusalén elaboró los acuerdos básicos para que la Iglesia no quedara atrapada en una sola cultura como única posibilidad cristiana. Pero abrirse más allá de las fronteras del judaísmo, apenas era el comienzo de un largo camino milenarista para llegar a aceptar un pluricentrismo cultural para la fe cristiana y la Iglesia.

Todavía en tiempo del Vaticano I no estaban maduras las condiciones de posibilidad para comprender una universalidad que no fuera entendida como implantación mundial de lo europeo y del catolicismo tal y como se entendía y vivía en Europa. En 1870 el colonialismo europeo estaba en pleno auge. A las potencias europeas le parecía normal repartirse entre sí Asia, África y Oceanía. En 1885 se reunió la Conferencia de Berlín para que los europeos se pusieran de acuerdo en el reparto de África. Eran tiempos en que incluso en los países latinoamericanos, donde las repúblicas autónomas tenían medio siglo de vida, se compartía aquella idea del pensador argentino Alberdi: "En América todo lo que no es europeo es bárbaro".

La I Guerra Mundial, a pesar de su nombre, fue una guerra eminentemente europea. Pero ya la Segunda, fue mundial. Después de ella Europa no sólo perdió la hegemonía sino que se achicó con tendencia a reducirse a sus dimensiones reales. Potencias extraeuropeas como U.S.A., U.R.S.S., Japón y China pesan más hoy día que cualquier país europeo. Entre el Concilio Vaticano I y II se ha más que duplicado el número de naciones independientes. Un centenar de países (entonces colonias europeas) han nacido a la autonomía política en Asia, África, Oceanía y América Latina (sobre todo en el Caribe). Y con su autonomía se acentúa la descolonización cultural y la recuperación de su identidad de pueblos. Parece evidente que ya la identidad de esos pueblos nunca será la misma que si no hubieran vivido el colonialismo europeo, o la asimilación de todo lo que ello trajo. Parece pues estéril e inalcanzable toda pretensión de buscar la identidad nacional ignorando

esa realidad o cayendo en puritanismos más cargados de emotividad que de realismo constructivo.

Al mismo tiempo en ese siglo que media entre ambos concilios se han desarrollado los estudios de antropología cultural que nos permiten apreciar la grave distorsión que implica el etnocentrismo cultural y la deformación mental de hacer de la propia cultura la medida de la civilización, identificando las otras con la barbarie. Grave es hacer de Europa la medida del hombre. Más grave sería para el cristianismo hacer de Europa la medida del Dios Padre de Jesús haciendo que necesariamente fuera extranjero para el 90 por ciento de la humanidad que vive fuera de Europa. Esta deformación, que no ha sido y no es un mero peligro hipotético, iba acompañado de otra que atribuía nuestra civilización al buen Espíritu y la barbarie al diablo. "Civilización occidental y cristiana" para muchos no era una civilización entre varias, sino "la civilización". Expandirla e imponerla era arrebatar al demonio los pueblos bárbaros y atrasados y destruir los ídolos. Como dice un historiador francés, "el hecho de reconocer que otras civilizaciones tienen valor propio es muy reciente; empieza al mismo tiempo que la descolonización, es decir, demasiado tarde para poder afectar a la colonización misma. Por tanto, no hay verdadero intercambio o diálogo. Tal ausencia de reciprocidad altera las relaciones entre Europa y los demás continentes, pues Europa, que cree que su civilización es única, impone con tanta inconsciencia como desinterés sus modos de vida y pensamiento, sus estructuras de gobierno y administración". (Remond René, *Introducción a la historia de nuestro tiempo*. Vol. 2, *El Siglo XIX*, p. 228. Edit. Vicens Vives, Barcelona 1983).

CULTURA Y EVANGELIO EN EL CONCILIO

En el Vaticano II hay una nueva conciencia que será comienzo de un programa que, con sus marchas y contramarchas, avances y resistencias, marcará el próximo siglo de vida de la Iglesia. Es la lucha por la catolicidad en la que desde la fundación en el seno de la Iglesia se empeña el Espíritu y se resiste la car-

ne del etnocentrismo.

En su "Constitución sobre la Iglesia en el mundo actual" los padres conciliares pusieron la piedra fundamental de la nueva universalidad católica no colonialista del mañana: "La Iglesia, enviada a todos los pueblos sin distinción de épocas y regiones, no está ligada de manera exclusiva e indisoluble a raza o nación alguna, a algún sistema particular de vida, a costumbre alguna antigua o reciente. Fiel a su propia tradición y consciente a la vez de la universalidad de su misión, puede entrar en comunión con las diversas formas de cultura, comunión que enriquece al mismo tiempo a la propia Iglesia y a las diferentes culturas". (Const. *Gaudium et Spes* 58).

Esta visión de la catolicidad de la Iglesia es punto de llegada y punto de partida al mismo tiempo. Lo nuevo no es la afirmación como tal, sino las condiciones históricas que permiten entenderla más plenamente y llevarla a la práctica. Con todas las limitaciones culturales que pueda presentar no deja de ser admirable el esfuerzo misionero del cristianismo europeo el siglo pasado y primera mitad de éste. Además de la tarea de gigantes realizada por España y Portugal siglos antes. Al esfuerzo misionero siguió la creación de la Iglesia local con una comunidad autóctona y creativa desde su identidad cultural. A pesar de las limitaciones, esto va siendo hoy una realidad. Desde ahí se lee la afirmación del Concilio que, acabamos de citar.

Desde ahí se entiende con más claridad lo que Pablo VI dice en la "Evangelii Nuntiandi": "La ruptura entre Evangelio y cultura es sin duda alguna el drama de nuestro tiempo, como lo fue también en otras épocas" (EN 20). Este drama, tan cierto para el cristianismo europeo de hoy, lo es más para el asiático, el africano y el americano, pues constituye en cierto modo una especie de pecado original que marca su nacimiento.

No es pues de extrañar la enorme efervescencia actual en la vida de las iglesias no europeas y su gran creatividad cristiana a partir de la cultura autóctona. También se nota un impulso creciente de los propios europeos a este trabajo. La "comunión" con las diversas culturas autóctonas "enriquece" a la Iglesia y al mismo tiempo se hace verdad



de vida cotidiana. Como dice el Concilio: "La buena nueva de Cristo... con las riquezas de lo alto fecunda como desde sus entrañas las cualidades espirituales y las tradiciones de cada pueblo y de cada edad, las consolida, perfecciona y restaura en Cristo". (G.S. 58) (subrayado nuestro). Ello acontece en tanto en cuanto las asume.

INCULTURACION Y ACULTURACION

El término "inculturación" nace en este contexto para expresar la profunda comunión entre cada cultura y el Evangelio. La fe cristiana está inculturada en determinada cultura o comunidad humana en la medida en que los hombres de esa cultura, desde su identidad y en su identidad, asumen, viven y expresan su fe cristiana creativamente. El Dios de Jesús no les llega como un extranjero con quien sólo pueden entenderse dejando de ser ellos mismos y mimetizando al colonizador. La inculturación siempre ha sido una tarea en la Iglesia pero la situación en que hoy se da es totalmente nueva y coloca a la Iglesia ante un reto inédito de nueva y más profunda catolicidad.

Antes de seguir conviene aclarar el significado de los términos, pues con frecuencia se usan con significados muy distintos y ello contribuye a la confusión. Por cultura no entendemos sólo ni principalmente los conocimientos (como cuando decimos este hombre es un

inculto o este otro es muy culto). Un analfabeto tiene tanta cultura como un doctor y una tribu indígena del Amazonas, nómada que vive de la caza y de la pesca, tiene su cultura, igual que el hombre creador de satélites y que juega con las computadoras. Cultura es todo lo que una sociedad humana produce en su relación con la naturaleza, en su relación social para vivir su vida y significarla y en su relación con Dios. Así la economía, la política, la tecnología, la religión, la moral, las costumbres, la lengua, el sistema de conocimientos... todo es cultura. Cada pueblo tiene su específica cultura.

El acceso a Dios y las manifestaciones de la relación con El se expresan culturalmente y, a su vez, está profundamente selladas por una específica cultura.

Cada vez que el cristianismo entró en contacto con nuevas culturas se presentó el debate sobre la inculturación. Recuérdese por ejemplo el famoso debate de los "ritos chinos y malavares" que agitó la evangelización de China y de la India durante un siglo. Una decisión etnocéntrica de Roma condenando en el siglo XVIII, la práctica evangelizadora de los jesuitas que respetaban elementos centrales de la cultura china e india, dio un golpe mortal a esa evangelización. Así lo reconoció el Concilio con sus nuevos enfoques. ¿Se puede ser cristiano sin dejar de ser chino? Esa era la pregunta, y lo sigue siendo. Dos siglos y medio después de la condenación el Papa

Juan Pablo II puso a los jesuitas como ejemplo de inculturación al P. Mateo Ricci, cuyos seguidores habían sido condenados.

Hay dos dramas hoy en relación entre cultura y Evangelio: 1) La falta de inculturación es decir, de penetración mutua entre Evangelio y cada cultura; 2) la falta de independencia y de trascendencia del Evangelio con respecto a una concreta cultura que tiende a domesticarlo haciendo pasar como evangélico lo que es la "buena" conciencia de esa cultura o peor aún exigiendo su legitimación. Al mismo tiempo se pierde capacidad para detectar todo lo que de anti-evangélico hay en esa cultura en la que se ha acomodado y domesticado el Evangelio. A esta domesticación llamamos "aculturación", o acomodación hasta el grado en que lo cristiano se reduce a mero producto cultural sin verdadera trascendencia sobre lo establecido. Son muchos los casos en la historia que se podrían citar para ilustrar esta aculturación del cristianismo a la cultura dominante hasta el extremo de bendecir lo inaceptable y dejar de ver realidades anti-evangélicas que serían evidentes para cualquier cristiano que no estuviera atrapado por esa cultura. Para ilustrar esta afirmación basta el caso de la aceptación de la esclavitud por parte de los cristianos en América como algo natural y teológicamente legitimado y tan usado en la práctica que obispos, sacerdotes y religiosos, al igual que laicos que se consideraban buenos cristianos, compraban, vendían, y maltrataban esclavos. A quienes se les ocurría decir que el sistema esclavista era anticristiano, si eran sacerdotes, se les suspendía en el ejercicio de su sacerdocio y eran encarcelados. Este es el caso de los capuchinos Francisco José de Jaca y Epifanio de Moirans en Cuba en 1681.

Quien está aculturado ciegamente en una cultura considera necesario que todo cristiano, para serlo, tiene que pasar por esa cultura. Por eso el gran enemigo de la inculturación es la aculturación del cristianismo, su domesticación hasta el extremo de no permitir tomar distancia de esa cultura. Un cristianismo aculturado en una cultura prohíbe que se inculture en las otras en las que vive. Y esta prohibición se hace de buena fe, pues se está convencido de la incompatibilidad con todo lo que no es la propia cultura. Se presenta como exigencia evangélica lo que es propio de una concreta civilización.

La universalidad de la identidad y

misión de Jesús se expresan en la particularidad de la cultura judía en un espacio y un tiempo concretos. Dios en Jesús es judío, se manifiesta en la cultura judía, se hace judío y totalmente inmanente a esa cultura. Jesús no está traduciendo, sino viviendo desde dentro de la vida social, de la moral, de la vida política y religiosa de su pueblo en ese momento la total y trascendente fidelidad al Padre. Jesús es **totalmente inmanente** al pueblo judío, plenamente judío de tal manera que si a su identidad se le quita lo judío no queda nada. Y al mismo tiempo es **totalmente trascendente** a ese pueblo y a su cultura. Su identidad fundamental trasciende los marcos estrechos de su tiempo, de su espacio y de su cultura pues goza de la universalidad trascendente de Dios. No se trata de tomar unos factores (que lo hacen universal) y de dejar otros (que lo hacen particular) para hacer de Jesús un hombre más trascendental o más inmanente a la cultura judía. El es totalmente inmanente y totalmente trascendente. El Verbo se ha encarnado e inculturado en el pueblo judío.

Dios es judío para el pueblo judío, pero no es judío, ni Cristo es judío (extranjero) para los otros pueblos. Jesús y su mensaje no son un mero producto de esa cultura, sino una real irrupción de Dios en ella. Inculturado sí, pero aculturado (domesticado hasta hacerse mero producto cultural) no. Su mensaje no está domesticado por la cultura, sino que tiene la trascendencia de Dios para resignificar la religión, la moral, la política, las relaciones económicas y sociales de una cultura dada. Es el Dios trascendente, no un producto cultural.

“PEDRO, LEVANTATE, MATA Y COME”

Pedro, el primer apóstol y papa, se resiste a esta invitación del Espíritu a comer alimentos que le eran prohibidos a un judío piadoso: “De ninguna manera, Señor, nunca he comido algo profano o impuro” (Ver los capítulos 10 y 11 de los Hechos de los Apóstoles). Pedro, en nombre de la fidelidad a Dios, se resiste a la invitación de Dios. La réplica del Espíritu es reveladora: “Lo que Dios ha purificado, tú no lo llares impuro”. Es decir, no atribuyas a Dios como absoluto lo que es propio de la vivencia religiosa en tu cultura particular. Dicen los Hechos de los Apóstoles que esto se repitió tres veces, como dando a entender la dificultad que tuvieron Pedro y la Iglesia en entenderse en su iden-

idad y misión universal y no como una secta judía.

Los Hechos en los capítulos 10 y 11 no nos están refiriendo una casuística sobre alimentos puros e impuros, sino que está en dificultad algo tan central como es la identidad católica de la Iglesia abierta a todos los pueblos y culturas. Este será el punto de llegada. Pero el punto de partida, la primera evidencia compartida de los apóstoles, es que la Iglesia es judía y debe seguir siendo sólo judía. Es decir que el resto de los pueblos del mundo no están invitados a la fe de Cristo y por tanto no pueden ser bautizados. Tan fuerte era esta convicción cultural de Pedro como judío piadoso que para él y para toda la comunidad era evidente que el pagano Cornelio no podía ser bautizado. Ni siquiera se podía entrar en su casa, aunque Cornelio era “hombre justo de los que temen a Dios y a quien estiman todos los judíos”.

Pedro, apóstol y primer papa, insiste en que a él como judío “su religión le prohíbe juntarse con un extranjero o entrar en su casa”. Pero al final lo hace, movido por esa revelación que lo invita a no considerar “impuro a ningún hombre”. Los “creyentes de origen judío que habían venido con Pedro quedaron asombrados al ver que la gracia del Espíritu Santo también venía sobre los de otra raza”. Pedro reconoce (en contra de sus evidencias culturales-religiosas judías) que el Espíritu Santo está en esos paganos y que por tanto no puede negarles el bautismo. “Los apóstoles y los hermanos que vivían en Judea”, lejos de alegrarse de este paso hacia la universalidad de la Iglesia, se escandalizaron y “comenzaron a discutir con él”. Con Pedro.

Y esto apenas fue el comienzo de una tensión y de un camino que se acentuará con Pablo, el apóstol de los gentiles. Camino que va desde la negación de la posibilidad misma de que un pagano pueda ser cristiano, pasando luego por la práctica de obligar al pagano convertido a circuncidarse y guardar las leyes judías, hasta aceptar por fin que “si se hacen circuncidar, ya Cristo no les sirve de nada”, “pues, en Cristo Jesús no tiene importancia haber recibido o no la circuncisión. Lo que sí vale es tener la fe que actúa en el amor” (Gálatas 5, 1-6). Proceso difícil, largo, con perseguidores y perseguidos dentro de la Iglesia. Pablo en esta lucha se sintió calumniado y rechazado. Proceso que hizo necesario un Concilio para concordar posiciones y abrir horizontes, pero que no bastó para

resolver el problema. El tiempo, el desplazamiento real de la comunidad cristiana y el conflicto con el judaísmo ayudarían a abrir los ojos y descubrir la catolicidad. Un cristianismo fuertemente “aculturado” en el mundo judío no podía entender su apertura e “inculturación” en las culturas paganas.

¿COMO LIBRARSE DE LA ACULTURACION?

Si a la primera comunidad (al papa Pedro y a los apóstoles) le costó tanto entender que la catolicidad, la apertura a culturas no judías, no se oponía a su fidelidad al Evangelio, sino que era exigida por ella, ¿no sería un milagro que la Iglesia de hoy, (tremendamente aculturada en Europa después de más de un milenio de amasar y de amasarse con esa cultura), aceptara sin problemas ni resistencias una verdadera inculturación en Asia, Africa, América y Oceanía?

A pesar de toda la experiencia histórica, parece que también en este aspecto de la “aculturación” y la resistencia a la “inculturación” en las “nuevas” culturas, la primera Iglesia será ejemplo para la nuestra: en las dificultades y tensiones y en el camino a seguir.

¿Cómo logra Pedro salirse de su círculo cerrado judío y de la convicción de que Dios le exige no abrirse a otros pueblos y culturas? Hay dos puntos claves en el cambio de Pedro que también hoy van a ayudar a la Iglesia a abrirse a la nueva catolicidad inculturada.

En primer lugar el contacto con otras culturas y la estima hacia ellas. El encuentro con personas que desde su identidad buscan el Evangelio y en cierta medida ya lo viven, como Cornelio “hombre justo de los que temen a Dios y a quien estiman todos los judíos”. Esta nueva situación provoca una nueva actitud que lleva a ver que no tenemos el monopolio del bien y de la verdad. Esta actitud es llevada por el Espíritu a la conclusión (que supera y contradice las anteriores evidencias de Pedro): “Verdaderamente reconozco que Dios no hace diferencia entre las personas, sino que acepta a todo el que le honra y obra justamente, sea cual sea su raza”. Es la conclusión que sacó Pedro.

La otra actitud, muy relacionada con ésta es reconocer que la Iglesia no tiene la exclusiva de la acción del Espíritu. Que éste actúa más allá de la Iglesia visible. Pedro ve la acción del Espíritu fuera de sí y de su Iglesia y lo reconoce. Por eso bautiza a Cornelio: “¿Se puede acaso negar el agua del bautismo a quienes han recibido el Espíritu Santo, igual

que nosotros? Y mandó bautizarlos en nombre de Jesucristo". El mismo Espíritu que movió a Pedro a abrirse a Cornelio, movió a éste a buscar a Pedro. El hecho de reconocer la acción del Espíritu más allá de la Iglesia no exime a ésta de predicar a Jesucristo y de relacionar todas las culturas con él.

La Iglesia en el Vaticano II tuvo estas dos actitudes fundamentales de conversión y apertura al Espíritu. Manifiestó su profundo aprecio y reconocimiento de la pluralidad de culturas

igualmente estimables y dignas a las que Dios se comunica desde dentro, no como extranjero. En esas culturas se manifiesta la acción de Dios en la historia a través de hombre guiados por su amor. La Iglesia reconoce que el Espíritu está en esos pueblos. Por eso su misión de anunciarles explícitamente la Buena Nueva no ha de ser colonizadora, ni negadora de su identidad cultural, sino de encuentro y comunión entre el Evangelio y esa cultura. Como dice Pablo VI, "el reino que anuncia el Evangelio es vi-

vido por hombres profundamente vinculados a una cultura y la construcción del reino no puede por menos de tomar los elementos de la cultura y de las culturas humanas; Evangelio y evangelización no son necesariamente incompatibles con ellas, sino capaces de impregnarlas a todas sin someterse a ninguna". (EN 20).

MEDELLIN CAMINO DE CATOLICIDAD

El Episcopado en Medellín asumió el Concilio desde América Latina con un vigor y una fuerza inspiradora que puso a la Iglesia latinoamericana en buen camino de contribuir a la verdadera catolicidad aportando la especificidad e identidad de sus pueblos creyentes. Vio como algo inseparable de esa identidad actual el hecho de que la mayoría de sus miembros sean pueblo creyente pobre y oprimido. La Iglesia latinoamericana afirma el Evangelio desde el corazón de ese pueblo. Hacerlo significa asumir toda la realidad latinoamericana y su futuro desde los pobres y su esperanza. No se trata de una toma de postura clasista ni excluyente, sino de reconocer y asumir su identidad en su doble aspecto: 1) sociológico, en cuanto es un dato empírico la condición pobre de la mayoría de los creyentes latinoamericanos, y 2) evangélico, en cuanto no se puede ser Iglesia de Jesucristo, sin ser Iglesia de los pobres. Pero esta toma de posición de la Iglesia tiene que encontrar fuertes dificultades y resistencias en lo que tiene de aculturada en las clases altas y en el orden establecido.

En cierto modo es más difícil que en América Latina la Iglesia perciba la necesidad de inculturación y de des-aculturación pues se trata de una Iglesia con muchos siglos de establecimiento y muy compenetrada con la identidad de estos pueblos. Sin embargo me parece muy necesaria para nuestra fidelidad al Evangelio una reflexión sobre este punto. Precisamente este tiempo de preparación espiritual a la celebración del V Centenario de la evangelización y la realización de la Misión Permanente en Venezuela es muy oportuna para preguntarse cuál puede y debe ser el aporte de la Iglesia de América Latina y de Venezuela a la catolicidad.

En un próximo artículo trataré de abordar este punto, pues me parece que la historia de la primera evangelización en Venezuela aporta luces muy significativas para lo que necesitamos hacer hoy.

comunicación

EDICIONES EN OFERTA ESPECIAL

¡OPORTUNIDAD ÚNICA PARA COMUNICADORES, PERIODISTAS, POLITICOS, EDUCADORES... INTERESADOS EN LAS COMUNICACIONES MODERNAS!

- 127 números monográficos de Comunicación por sólo 250 bolívares!
- 12.600 páginas que recogen los estudios, documentos y comentarios de todos los fenómenos más importantes de la comunicación social en Venezuela y América Latina!
- ¡Dos índices temáticos, geográficos y cronológicos, que comprenden los períodos: 1975-1982 y 1983-1985, con la indicación de CIESPAL.

Títulos de la Revista

- 25-26. Prensa y conflicto político
- 27. Cine venezolano
- 28-29. Alternativas comunicacionales
- 30-31. Integración latinoamericana y comunicación
- 32. Música e industria cultural
- 33-34. Tecnología y comunicación
- 35-36. Comunicación popular: experiencias venezolanas
- 37. Nuevo periodismo
- 38. Humorismo y comunicación
- 39. Militarismo y manipulación informativa
- 40. Censura y democracia
- 41-42. Bolívar Superestrella (con el índice: 1975-1982)
- 43. Comunicadores y participación
- 44. Los años de la prensa
- 45. Los años de la radio y televisión
- 46. Explosión informática
- 47. Del folletón a la telenovela
- 48. Juventud: 1985
- 49-50. Expansión audiovisual
- 51-52. Balance de una década (con el índice: 1983-1985)

Solicítalo al Centro de Comunicación Social, Esquina Luneta,
Edif. "Centro Valores", of. 2, Apartado 4838, Teléfono: 563.50.96.
Caracas 1010-A - VENEZUELA